

(Publicado en «Il Comunista», 17-1-1921)

El movimiento fascista ha traído a su Congreso el bagaje de una potente organización, proponiéndose un espectacular despliegue de sus fuerzas en la capital, y ha querido igualmente sentar las bases de su ideología y de su programa bajo los ojos del público; sus dirigentes se imaginaron que tenían el deber de dar a una organización tan desarrollada la justificación de una doctrina y de una política «**nuevas**». El daño que el fascismo ha sufrido con la huelga romana no es nada comparado con la bancarrota que ha surgido de los resultados del Congreso en lo que concierne a esta última pretensión. Es evidente que la explicación y, si se quiere, la justificación del fascismo no se encuentra en esas construcciones programáticas que pretenden ser nuevas, sino que se reduce a cero tanto como obra colectiva que como tentativa personal de un jefe: dedicado infaliblemente a la carrera de «**hombre político**» en el sentido tan tristemente conocido del término, en el cual no será nunca un «**maestro**». Futurismo de la política, el fascismo no se ha elevado un milímetro por encima de la mediocridad política burguesa. ¿Por qué?

El Congreso del que se habla, se redujo a un discurso de Mussolini. Según esto, ese discurso es un engendro. Comenzando por el análisis de los otros partidos, no llegó a una síntesis que hubiese hecho aparecer la originalidad del partido fascista con respecto a los otros. Si ha conseguido destacarse por su violenta aversión contra el socialismo y el movimiento obrero, no se observa por ninguna parte lo que tiene de novedosa su posición con respecto a las ideologías políticas de los partidos burgueses tradicionales.

La tentativa de exponer la ideología fascista aplicando una crítica destructiva a los viejos esquemas, bajo la forma de brillantes paradojas, se redujo a una serie de afirmaciones que ni eran nuevas, ni tenían ligazón unas con otras en la nueva síntesis que se hizo, ya que se examinaron sin ninguna eficacia los argumentos fuera de lugar de una polémica política y puestos a la orden del día por el afán de novedad que atormenta a los políticos de la decadente burguesía de hoy. Hemos podido asistir no sólo a la solemne revelación de una nueva verdad (lo que vale para el discurso de Mussolini, vale igualmente para toda la literatura fascista), sino también a una revista de toda la flora bacteriana que prospera sobre la cultura y la ideología burguesas en nuestra época de crisis suprema, y a las variaciones sobre fórmulas arrancadas al sindicalismo, al anarquismo, a los residuos de la metafísica espiritual y religiosa, con la excepción, afortunadamente, de nuestro horrible y brutal marxismo bolchevique.

¿Qué conclusión se puede extraer de esta mezcla informe de anticlericalismo franc-masón y de religiosidad militante, de liberalismo económico y antiliberalismo político, merced a la cual el fascismo pretende distinguirse a la vez del partido popular y del colectivismo comunista? ¿Qué sentido tiene el afirmar que comparte con el comunismo la noción antidemocrática de dictadura, cuando esta dictadura no se concibe más que como la composición de la «**libre**» economía sobre el proletariado, y se declara que esta economía «**libre**» es hoy más que nunca necesaria? ¿Qué sentido tiene alabar la república en un momento en el que se vislumbra la perspectiva de un régimen pre-parlamentario y dictatorial, y en consecuencia ultradinástico? ¿Qué sentido tiene oponer a la doctrina del partido liberal, la de la derecha histórica que fue seriamente e íntimamente más liberal que la de dicho partido, tanto teórica como prácticamente? Si el orador hubiese sacado de todas estas enunciaciones una conclusión que las ordenase armoniosamente, sus contradicciones no habrían desaparecido,

pero por lo menos hubiesen prestado al conjunto esa fuerza propia de las paradojas, de la cual hace gala cualquier nueva ideología. Pero como en este caso la síntesis final falta, no queda más que un amasijo de viejas historias, por lo que el balance es un balance de quiebra.

El punto delicado era el de definir la posición del fascismo de cara a los partidos burgueses del centro. Se puede presentar, bien o mal, como adversario del partido socialista y del partido popular; pero la negación del partido liberal y la necesidad de librarse y, en cierto sentido, de sustituirlo, no han sido teorizados ni siquiera de cualquier forma ni traducidos en un programa de partido. No queremos afirmar, precisémoslo, que el fascismo no puede ser un partido: será uno que concilie perfectamente sus extravagantes aversiones contra la monarquía, contra la democracia parlamentaria y contra el... socialismo de Estado. Constatamos simplemente que el movimiento fascista dispone de una organización real y sólida, que puede ser tanto política y electoral como militar, pero que carece de una ideología y de un programa propios. El Congreso y el discurso de Mussolini, que ha hecho todo lo posible para definir su movimiento, prueban que el fascismo es impotente para definirse por sí mismo.

Este es un hecho sobre el cual volveremos en nuestro análisis crítico y que prueba la superioridad del marxismo, el cual es perfectamente capaz de definir el fascismo.

El término «**ideología**» es un poco metafísico, pero no obstante lo emplearemos para designar el bagaje programático de un movimiento, la conciencia que tiene de los fines que debe necesariamente alcanzar mediante su acción. Esto implica naturalmente un método de interpretación y una concepción de los hechos a nivel social e histórico. En la época actual, precisamente porque se trata de una clase en su ocaso, la burguesía posee una ideología desdoblada. Los programas que pregona exteriormente no corresponden a la conciencia interior que tiene de sus intereses y de la acción necesaria para protegerlos. Cuando la burguesía era todavía una clase revolucionaria, la ideología social y política que le es propia, ese liberalismo que el fascismo se cree llamado a suplantar, estaba en su máximo apogeo. La burguesía «**creía**» y «**quería**» según los postulados del programa liberal o democrático: su interés vital consistía en liberar su sistema económico de las trabas que el antiguo régimen oponía a su desarrollo. Estaba convencida de que la realización de un máximo de libertad política y la concesión de todos los derechos posibles e imaginables a todos los ciudadanos sin excepción, coincidían no solamente con la universalidad humanitaria de su filosofía, sino con el máximo desarrollo de la vida económica.

De hecho, el liberalismo burgués no fue solamente una excelente arma política mediante la cual el Estado abolió la economía feudal y los privilegios de los dos primeros «**estados**», el clero y la nobleza. Fue también un medio nada desdeñable para que el Estado parlamentario pudiese cumplir su función de clase no solamente contra las fuerzas del pasado y su restauración, sino también contra el «**cuarto estado**» y los ataques del movimiento proletario. En la primera fase de su historia, la burguesía no tenía todavía conciencia de esta segunda función de la democracia, es decir, del hecho de que estaba condenada a transformarse de factor revolucionario en factor conservador, a medida que el enemigo principal dejase de ser el antiguo régimen para convertirse en el proletariado. La derecha histórica italiana, por ejemplo, no tuvo conciencia de esto. Los ideólogos liberales no se contentaban con decir que el método democrático de formación del aparato del Estado se hacía en interés de todo «**el pueblo**» y aseguraba una igualdad

de derechos a todos los miembros de la sociedad: es que se lo creían. No comprendían todavía que para salvar las instituciones burguesas de las cuales ellos eran los representantes, pudiese ser necesario abolir las garantías liberales inscritas en la doctrina política y en las constituciones de la burguesía. Para ellos, el enemigo del Estado no podía ser nadie más que el enemigo de todos, un delincuente culpable de violar el contrato social.

Por consiguiente, resultó evidente para la clase dominante que el régimen democrático podía servir igualmente contra el proletariado y que era una excelente válvula de seguridad contra el descontento económico de este último; la convicción de que el mecanismo liberal servía estupendamente a sus intereses, se aferra cada vez más en la conciencia de la burguesía. Lo considera como un medio y no como un fin abstracto, dándose cuenta de que el uso de estos medios no es incompatible con la función integradora del Estado burgués, ni con su función de represión, incluso violenta contra el movimiento proletario. Pero un Estado liberal que, para defenderse, debe abolir las garantías de la libertad, aporta la prueba histórica de la falsedad de la doctrina liberal en tanto que interpretación de la misión histórica de la burguesía y de la naturaleza de su aparato gubernativo. Sus verdaderos fines son claramente todo lo contrario: defensa de los intereses del capitalismo por todos los medios, es decir, tanto con las diversiones políticas de la democracia como con las represiones armadas, cuando las primeras no bastan para contener los movimientos que amenazan al Estado.

Esta doctrina no es una doctrina «**revolucionaria**» acerca de la función del Estado burgués y liberal. Lo que realmente es revolucionario es formularla, y esto debido a que en la fase histórica actual, la burguesía debe realizarla en la práctica y negarla en teoría. Para que el Estado burgués cumpla la función represiva que es naturalmente la suya es preciso que las presuntas verdades de la doctrina liberal hayan sido reconocidas implícitamente como falsas, pero sin ser del todo necesario volver atrás y revisar la constitución del aparato del Estado. Así la burguesía no tiene por qué arrepentirse de haber sido liberal ni tampoco abjurar del liberalismo: es por un desarrollo en cierta forma «**biológico**», que su órgano de dominación ha sido armado y preparado para defender la causa de la «**libertad**» mediante prisiones y ametralladoras.

En tanto que enuncia programas y se queda dentro del terreno político, un movimiento burgués no puede reconocer firmemente esta necesidad de la clase dominante para defenderse por todos los medios, comprendidos los que están excluidos teóricamente por la constitución. Esto sería una maniobra falsa desde el punto de vista de la conservación burguesa. Por otra parte, es indiscutible que el 99% de la clase dominante sabe cuán falso sería, desde este mismo punto de vista, repudiar hasta la forma de la democracia parlamentaria y reclamar una modificación en el aparato del Estado, más bien en un sentido aristocrático que autocrático. Lo mismo que ningún Estado pre-napoleónico estaba tan bien preparado como los Estados democráticos modernos para los horrores de la guerra (y no solamente desde el punto de vista de los medios técnicos), ninguno habría llegado tampoco a tanto al tomar medidas para la represión interior y la defensa de su existencia. Es lógico, por tanto, que en el período actual de represión contra el movimiento revolucionario del proletariado, la participación de los ciudadanos pertenecientes a la clase burguesa (o a su clientela) en la vida política revista nuevos aspectos. Los partidos constitucionales, organizados de forma que hagan salir de las consultas electorales al pueblo una respuesta favorable al régimen capitalista afirmado por la mayoría, no son suficientes. Es necesario que la clase sobre la cual reposa el Estado asista a éste en sus funciones según las nuevas exigencias. El

movimiento político conservador y contrarrevolucionario debe organizarse militarmente y llevar a cabo una función militar en previsión de la guerra civil.

Conviene al Estado que esta organización se constituya «**en el país**», entre la masa de los ciudadanos, porque de esta forma la función de represión se concilia mejor con la defensa desesperada de la ilusión que pretende que el Estado sea el padre de todos los ciudadanos, de todos los partidos, y de todas las clases. A medida que el método revolucionario gana terreno en la clase obrera, y que la prepara para la lucha con un encuadramiento militar, y que la esperanza de una emancipación por las vías legales, es decir, con el consentimiento del Estado, disminuye en las masas, el Partido del orden está obligado a organizarse y a armarse para defenderse. El hecho de que, paralelo al Estado, pero bajo su lógica protección, este partido vaya «**más rápido**» que el proletariado en armarse, se arme mejor y tome la ofensiva contra algunas posiciones ocupadas por su enemigo y que el régimen liberal había tolerado: no se debe confundir con el nacimiento de un partido adversario del Estado en el sentido de que quisiera apoderarse de él para darle unas formas pre-liberales.

Tal es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués en vez de destruirlo. Merced a la organización con la cual rodea la máquina del Estado oficial, realiza la doble función defensiva que necesita la burguesía. Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tendrá probablemente que intensificar al máximo estas dos funciones defensivas que no son incompatibles, sino paralelas. Juzgará la política democrática, e incluso social-demócrata, como la más audaz, mientras suelta a los grupos de la contrarrevolución contra el proletariado para aterrorizarlo. Pero existe otro aspecto de la cuestión que únicamente sirve para demostrar cómo la antítesis entre fascismo y democracia parlamentaria está desprovista de todo sentido, como ha podido demostrar la actividad electoral del fascismo.

No es necesario ser un lince para convertirse en un partido electoral y parlamentario. No es indispensable para hacerlo resolver el difícil problema de la elaboración de un programa «**nuevo**». Jamás el fascismo podrá formular su razón de ser en tablas programáticas, ni formar de ellas una conciencia exacta, puesto que es él mismo quién produce un desdoblamiento del programa y de la conciencia de toda una clase, y puesto que, si debe hablar en nombre de una doctrina, debería volver a entrar en el marco histórico del liberalismo tradicional que le ha confiado la carga de violar su doctrina «**con carácter externo**», reservándose la de predicarla como en el pasado.

El fascismo no ha sabido definirse en el Congreso de Roma y jamás sabrá hacerlo (sin que por ello renuncie a vivir o a cumplir su función), ya que el secreto de su constitución se resume en la fórmula: la organización lo es todo, la ideología no es nada, lo cual responde dialécticamente a la fórmula liberal: la ideología lo es todo, la organización no es nada.

Después de haber demostrado sumariamente que la separación entre doctrina y organización caracteriza a los partidos de una clase decadente, sería muy interesante probar que la síntesis de la teoría y de la acción es propia de los movimientos revolucionarios ascendentes, proposición corolaria que responde a un criterio rigurosamente realista e histórico. Lo que haciendo acto de fe, conduce a la conclusión de que cuando se conoce al adversario y las razones de su fuerza, mejor de lo que él se conoce a sí mismo, y que saque su propia fuerza de una conciencia clara de los fines que se esperan, no se puede dejar de vencer.